

Febrero 27, 2002

INTERVENCION ESTATAL: SU RENOVADA VIGENCIA

Por Agustín Saavedra Weise

Uno de los gurúes más connotados de los años 90 del Siglo XX, Lester Thurow del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT), expresó tiempo atrás que "el mercado no tiene una propiedad autocorrectora para mantener el sistema en crecimiento, por lo tanto el Estado debe intervenir para sacarlo de los períodos de recesión". Una publicación inglesa de reconocido prestigio –"The Economist"– estimó que "sin la mezcla correcta de Estado y mercado, los países nunca tendrán una infraestructura económica que estimule el crecimiento". Por otra parte y también en la última década del milenio pasado, el ex Canciller japonés Saburo Okita –autor del modelo del pato volador, sobre el cual hice un comentario en una nota publicada en 1995– aseveraba que "los mecanismos del mercado no son infalibles; requieren la intervención del Estado a través de políticas de planificación".

Pese a todas estas advertencias y reflexiones, los 90' prosiguieron su rumbo sin ninguna variante en lo que hace al modelo de comportamiento estatal y el auge de las privatizaciones iniciado a fines de los 80' continuó su rumbo implacable en todo el mundo occidental, Bolivia desde ya incluida.

Del pretérito "estado obeso" he aquí que hemos pasado al "estado raquítico", en lugar de lograr un balance adecuado. En otras palabras: la noción de estado se desdibujó casi por completo en aras de "las fuerzas del mercado" que impulsaba el modelo neoliberal en boga. Al estado pasó a vérselo como un "intruso" que obstaculizaba el libre juego de la oferta y la demanda, como a un ente que solamente debía garantizar un marco jurídico estable y algunos otros servicios colectivos esenciales. La más ligera intervención estatal era vista como "sacrilegio" por los nuevos profetas, globalizadores y privatizadores a ultranza. Pero el tiempo pasó y llegamos al tercer milenio, momento en el cual las cosas comenzaron a cambiar: las crisis del momento han vuelto a poner sobre el tapete el crucial rol del estado en la vida de los pueblos organizados.

Ahora en el 2002 y ante un modelo quebrado, distintas voces claman por una alternativa mejor, por algo que sirva no solamente para superar la crisis sino también para

crear nuevas condiciones, nuevas reglas del juego que otorguen seguridad, garantía, elementos sanamente reguladores y una guía para la acción concreta.

Como en todo momento de transición, convivimos actualmente con las visiones firmes del pasado y las débiles del presente junto con las nuevas visiones, aún borrosas, del futuro inmediato. Hay que transformar esas visiones borrosas en algo sólido y concreto. La intervención estatal debe replantearse no marchando hacia atrás, sino inteligentemente y con visión renovada para enfrentar con éxito los enormes desafíos de este Siglo XXI

No es fácil la cosa. Hay que trabajar mucho y lograr que el proceso camine, pero quién quiera que sea el que nos gobierne a partir de agosto de 2002, debe tener claramente presente que el pueblo reclama una mayor intervención estatal y que las circunstancias externas de una pinchada globalización también lo exigen. Debemos retornar a la esencia de un estado que intervenga con sabiduría, no maniáticamente, a un estado que sea un veraz árbitro entre desequilibrios socioeconómicos y brinde también elementos de seguridad, salud, educación, vivienda y justicia, en paralelo con la creación de igualdad de oportunidades.

Esta es la tarea puntual de la hora. A ver si los que deben hacerla y elaborarla en Bolivia –los políticos– cumplen y concretan. El reto está lanzado.

-----00000-----